

cientes miradas probaban cual piedras de toque, todos titubeaban en hablar, no osaban moverse, como al principio con los mozos.

Tampoco Jack estaba dispuesto á animar la fiesta. Todas aquellas ceremonias de matrimonio le hacían soñar con amor y porvenir, y lo que le rodeaba, maldito si le interesaba en nada.

—¡Pero saben ustedes que está esto poco alegre!... dijo de repente Ida de Barancy, cuando hubo gozado bien de su fácil triunfo.... ¡Vamos, amigo Bel, un poco de alegría, qué demonio! Y por de pronto, esperen ustedes.

Levantóse y cogió su plato en una mano y en la otra su vaso:

—Pido el cambiar de sitio con la señora de Belisario.... Estoy segura de que no se ha de quejar su marido.

Hízose aquello con tanta gracia de condescendencia; llenóle aquella proposición á Belisario de una alegría tan profunda y completa; fué tanto lo que gritó el pequeño Weber cuando lo alzó su madre de la silla que ocupaba, que se dispersó para siempre la atmósfera de malestar, y el final de la comida fué una verdadera comida de boda. Cada uno comió ó se figuró comer. Los mozos dieron no sé cuántas vueltas en torno de la mesa, ejecutando prodigios de prestidigitación, sirviendo á veinte personas con un solo pato, un solo pollo, tan hábilmente trinchados, que para todos había, y hasta se podía repetir. Y los guisantitos á la inglesa, cayendo como balas sobre el plato: y las judías, á la inglesa también, preparadas en un rincón: sal, pimienta, un poco de mantequilla—¡y qué mantequilla!—

amalgamado todo ello por un mozo que se sonreía mientras agitaba aquel detestable menjurge. Pero lo mejor fué la llegada del Champagne. Fuera de Barancy, que lo había bebido con mucha frecuencia en su vida, todos cuantos allí había sólo conocían de nombre aquel vino mágico, y la sola palabra de Champagne significaba para ellos riquezas, juergas por todo lo alto, entre seda y diamantes. Hablaban de él en voz baja, lo esperaban, lo acechaban.

Por fin, al llegar el postre, apareció un mozo con una botella cubierta de papel de plata, á la que principió á destapar con unas tenacillas. Al gesto que hizo para taparse los oídos la nerviosa Ida, que nunca descuidaba un efecto, algo que pudiese poner sus gracias en evidencia, las demás mujeres se prepararon también para una detonación formidable.

Pero no hubo nada.

El tapón salió muy naturalmente, sin explosión, como todos los tapones del mundo, y en seguida, el mozo con la botella en el aire, lanzóse en torno de la mesa, corriendo y diciendo muy de prisa: “¡Champagne.... Champagne.... Champagne!” Alzábanse las copas, y esta vez hacía el prodigio de la botella inagotable. Hubo espuma para veinte personas, un chisporroteo en el fondo del vaso que causó el respeto de todos; y hay que creer que, una vez ejecutada la ronda, aún quedaba, puesto que Jack, que estaba colocado enfrente de la puerta, vió al mozo apurando la botella antes de marcharse. Pero no importa: es tal la magia de esa palabra “Champagne,” hay tanta alegría francesa en la más insignificante parcela de su espuma, que una extraor-

dinaria animación circuló desde aquel momento entre los convidados.

En los Belisarios tradújose por una rapacidad extraordinaria. Echaban mano de cuanto había en la mesa, hundiendo en sus bolsillos naranjas, pastelillos rancios, diciendo que preferible era llevárselos á dejarlos á los mozos.

De repente, en medio de las risas y de los cuchicheos, ofreciéronle á la señora Weber un plato de dulces de pega, adornados con el bebé de azúcar rosada y azul que siempre ofrecen á la novia en esas circunstancias: pero allí estaba ya el pequeño Weber, con su enorme rizado, para impedir que le llamara la atención á la buena mujer aquella bromaza tradicional.

Rióse más que los demás, mientras Belisario se ponía muy colorado.....

Luego vinieron las canciones.

Levantóse primero el "Compañero," impuso el silencio con una mirada, y puesta la mano en el corazón, entonó con voz sentimental y algo aguardentosa, una romanza popular del año 1848: "Dios ama el trabajo."

Hijos de Dios, creador de la tierra,
Cumplamos cada cual nuestra misión.

¡Qué pillo el tal "Compañero!" ¡Bien había él comprendido lo que era preciso cantar para seducir al valiente matrimonio!

Pero, para no dejar á la asamblea bajo tan grave impresión, en seguidita, después de "Dios ama el trabajo," emprendió algo más alegre:

Al pasar por Charone hay que entrar
A echar una copita en casa de Savard.

Y por el estilo las sabía á centenares.

¡Famoso compañero iban á tener ahí Belisario y su mujer! ¡Qué veladas más gratas iban á pasar en la calle del Panorama!

Pero mientras sin duda notaron los mozos el escamoteo de los Belisarios, pues en un abrir y cerrar de ojos quedó la mesa limpia como la mano. ¡Ya se había acabado! Los convidados se miraron consternados.

Por encima de ellos, en torno de ellos, había un ruido espantoso. Bailaban, cantaban, temblaban los techos al compás.

—¿Y por qué no bailamos nosotros también? Sí; pero es que cuesta caro la música.

Alguien propuso utilizar la que por todas partes se oía; pero por desgracia, los rigodones, las polcas, las varsavianas, los valeses, de tal suerte mezclaban sus notas en aquel tumulto que era imposible distinguir nada claro.

—¡Ah, si tuviésemos un piano! suspiraba Ida de Barancy, haciendo galopar sus dedos sobre todos los muebles, como si hubiese sabido tocar. También hubiera querido bailar la señora de Belisario, pero habíale prohibido á su marido todo gasto suplementario, lo cual no impidió que desapareciese el vendedor ambulante con su compañero volviendo cinco minutos después, acompañado de una especie de menestral de aldea, el cual se instaló en una tribuna improvisada, con un litro de vino entre las piernas, con su violín sólida-

mente apoyado sobre un brazo, ¡y adelante con la música, hasta mañana!

Aquel violinista rústico, que tocaba aires de antaño, la precaución que tomaban las mujeres de rodear su cintura con un pañuelo enrollado, para evitar las manchas de las manos de los hombres, las danzas auvernesas, que en todo mezclaba la señora de Belisario, todo aquello trasplantaba al salón del fonducho con rosetones de oro, un perfume de fiesta campestre.

Aquellos eran, en efecto, los alrededores de París, esa línea intermedia en que se encuentran y se confunden las tradiciones de la aldea y las costumbres parisienses. Únicamente Ida, con su Jack, parecía perdida, caída desde alguna región superior en las bajas capas sociales; y sin embargo, gustábale demasiado aquello para no dar á entender que ella hallaba allí, á pesar de sus pretensiones nobiliarias, ciertos rastros de una existencia anterior, algún soplo de juventud debido á lejanos recuerdos. Se reía, se agitaba, organizaba bailes; y el rocé de su vestido de seda, el ruido metálico de sus pulseras, dejaban en el alma de los presentes una impresión profunda de admiración y de celos.

La boda de Belisario era, pues, muy alegre. Hasta el mismo novio, feliz por utilizar sus pies nuevos, embrollaba con entusiasmo todas las figuras del baile.

En los salones vecinos, escuchaban y decían: "¡Cómo se divierten!" A cada momento venían á mirarles por la puerta, aprovechando la continua entrada y salida de los mozos con ensaladeras llenas de vino dulce.

Al poco rato, como sucede siempre en esas fiestas, los intrusos principiaron á deslizarse entre los invitados, cuyo número aumentaba continuamente.

Toda aquella gente, saltaba, gritaba; sobre todo, bebía prodigiosamente, y la señora de Belisario hubiera estado muy inquieta si el panadero patrono, no hubiese declarado que tomaba por cuenta suya todos los gastos del baile.

Pero ya iba á amanecer.

Hacia tiempo que el joven Weber roncaba, tendido sobre un banco envuelto en el chal alfombrado de su madre. Jack habíale hecho ya á Ida muchos signos, que ella fingió no comprender, arrastrada por el placer que su feliz naturaleza sabía recoger en torno suyo, en dondequiera que se hallara. Parecía un viejo papá tratando de sacar á su hija de una diversión.

—¡Vamos, ya es tarde!

Y pasaba ella, girando en brazos de cualquiera.

—En seguida..... Espera.

Pero el baile tomaba un aspecto abandonado y loco, que molestaba mucho á Jack, en especial por su madre.

El "Compañero" principiaba á hacer tonterías, y entre los honestos pasos de la señora Weber, arriesgaba él otros menos inocentes, sin soltar su pipa.

Consiguió Jack apoderarse de su madre, envolviéndola en un gran abrigo con su capucha, y la hizo subir en el último simón que se hallaba en el camino.

Después de ellos, no tardó en retirarse el matrimonio Belisario, abandonando á sus alegres convidados.

A aquella hora, no había ni tren ni tranvía. Los recién casados decidieron volver á pie por el bosque de Vincennes, llevando Belisario el niño sobre sus hombros y dándole el brazo á su mujer. Gustábales el

fresco después del ahogo de la fonda, cuyo aspecto era poco agradable al salir el sol.

El jardincillo, lleno de botellas vacías, de grandes tinajas en donde estaban lavando vasos, aparecía en un resaca de niebla, sembrado de pedazos de tul, de muselina, arrancados de los vestidos por los tacones de los caballeros, durante el baile.

Mientras se oían aún sonidos agrios de violín en la planta baja, los mozos, atontados, adormilados, pero siempre sardónicos, abrían las ventanas del principal, sacudían las alfombras, regaban los pisos, principiaban á poner la nueva decoración para otra representación.

Algunos individuos, cansadísimos, pálidos y ojerosos, pedían coches, se dormían sobre bancos delante de la puerta, mientras venía el primer tren. Había disputas en el mostrador para pagar las cuentas; escenas de familia, riñas, batallas.

Belisario y su mujer se hallaron pronto lejos de aquellas víctimas del placer. Felices, fuertes, con la cabeza erguida, tomaron con paso rápido un camino más corto, humedecido por el alba, lleno de gorjeos de pájaros, de ruidos matinales, y entraron en París siguiendo las grandes avenidas de Bel-Air, sombreadas por acacias florecientes. Era un buen rato de viaje, pero no les pareció largo. El niño durmió durante todo el camino, apoyando confiadamente su gruesa cabeza sobre el pecho del vendedor ambulante, y ni siquiera se despertó cuando le colocaron en su camita de mimbres, al llegar á casa, hacia las seis de mañana.

Inmediatamente se quitó la señora de Belisario su hermoso vestido azul, su cofia de flores, y se puso su

gran delantal. Para ella, el domingo no existía. Lo mismo ese día que otros, hay que distribuir pan.

Comenzó, pues, en seguida su jira, y mientras su hijo y su hombre dormían allí arriba á pierna suelta, la buena mujer lanzaba su recio "¡aquí está el pan!" á todas las puertas de sus parroquianos con una especie de animosa satisfacción, como si desde aquel momento hubiese ella principiado á reponer todos los gastos de aquella espléndida boda.

No tardó mucho el matrimonio en darse cuenta de la incapacidad del "Compañero," y del mal negocio que habían hecho al tomarlo como asociado. La comida de la boda le había ya hecho ver á Belisario, que el individuo aquel era aficionado á la bebida.

Ocho días después, notaba el honrado vendedor en él otros vicios, sostenidos por una pereza invencible entrada en la carne de aquel hombre como un virus, y que había enmohecido para siempre sus facultades laboriosas. El "Compañero" era cerrajero de oficio; pero nadie recordaba haberle visto trabajar, aunque nunca se le veía sin su martillo sobre el hombro y su delantal enrollado debajo del brazo. Ese delantal, que nunca él desdoblaba, servíale de almohada varias veces al día, cuando al salir de una taberna, en la que había rezado una estación demasiado larga, experimentaba la necesidad de una siesta sobre un banco de los bulevares exteriores ó en algún edificio que estaba derribando.

En cuanto al martillo, era éste un atributo y nada más lo llevaba como la Agricultura en las plazas públicas sostiene el cuerno de la abundancia, de que nunca cae nada. Todas las mañanas, antes de salir, decía él blandiéndolo: "Voy á buscar trabajo." Pero preciso es

creer que su gesto, su manera de hablar, con su barba inculta y bailándole los ojos furibundos, todo eso hacía que huyera el trabajo, pues nunca al "Compañero" se le encontró en el camino, y pasaba todas las horas en el arrabal, de una taberna á otra, "haciendo la pantera," como dicen los obreros parisienses, aludiendo sin duda al movimiento de vaivén que se nota en las fieras enjauladas.

Belisario y su mujer tuvieron paciencia al principio. El aire sentencioso del "Compañero" les imponía algo; y luego, ¡cantaba tan bien el: "Dios ama el trabajo!" Pero como al fin y al cabo comía con robusto apetito, los recién casados, que reventaban trabajando desde por la mañana hasta por la noche, mientras el "Compañero" hacía la pantera durante toda la semana, y no traía nunca nada el día primero de mes, principiaron á cansarse.

La señora de Belisario era de parecer que le despidieran sencillamente, devolviéndolo á la calle, al montón de basura donde lo había recogido el vendedor ambulante con su deseo de tener un compañero.

Pero Belisario, á quien su perfecta felicidad matrimonial y sus botas nuevas hacían aún más bondadoso, suplicó á su mujer que tuviera paciencia. Cuando un judío se pone á ser generoso, su caridad no tiene límites.

—¿Quién sabe decía, si no podríamos llegar á corregirlo, á cambiarlo?

Quedó, pues, convenido que cuando entrara Ribarot pegándose calabazadas contra las paredes, no le darían de cenar, lo cual era una gran privación para el

borracho, quien, por un beneficio de la naturaleza, tenía más hambre aquellos días.

Era una comedia el ver los esfuerzos que hacía para no caerse, para saludar sin abrir la boca. Pero la repartidora estaba dotada de una extraordinaria sagacidad, y con frecuencia, mientras servía la sopa por cucharadas, al presentar el "Compañero" su plato, le soltaba el trapo:

—¿No le da á usted vergüenza sentarse á la mesa en el estado en que se encuentra?... Usted est orracho, bien lo veo.

—¿De veras?... decía Belisario. Sin embargo, me parece que...

—Está bien, sé lo que sé.... ¡Andando! A acostarse más que á paso.

El "Compañero" se levantaba, cogía su martillo y su delantal, balbuciendo algunas palabras de súplica ó de dignidad, con una triste mirada hacia la sopa que huñeaba, y se marchaba luego á acostarse como un perro en el cuchitril que ocupaba Belisario antes de casarse. No tenía mal vino Ribarot, y tajo aquella barba espesa, sucia y revolucionaria, ocultaba él una cara de niño vicioso y débil. Y cuando ya se había ido, el vendedor ambulante, con sus gruesos labios llenos de bondad, suplicaba á su mujer:

—Vámonos, dale un poco de sopa.

—Lo que es tú, si te escucharán...

—Nada más que esta vez.... ¡Anda!

La mujer se resistía un poco aún, con esa indignación que la mujer del pueblo que trabaja como un hombre, siente contra el hombre que no hace nada; pero siempre acababa ella por ceder y se iba Belisario á

llevarle triunfalmente un plato de sopa al "Compañero" en su perrera, y volvía muy emocionado.

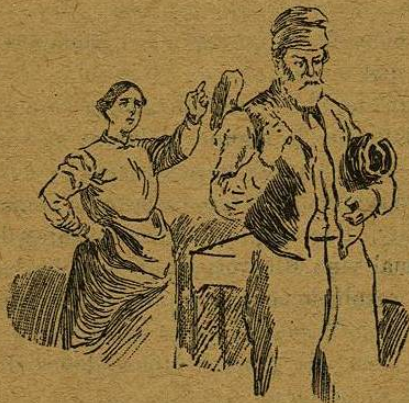
—¿Y qué te ha dicho?

—Mira, me da lástima verle tan desesperado. Dice que, si bebe, es por disgustos, porque no encuentra trabajo y está á cargo de nosotros.

—¿Y quién le impide hallar trabajo?

—Dice que no quieren darle trabajo porque no tiene ropa decente, y que si pudiese arreglarse un poco....

—¡Pues hombre! Harta estoy de arreglarle..... Y



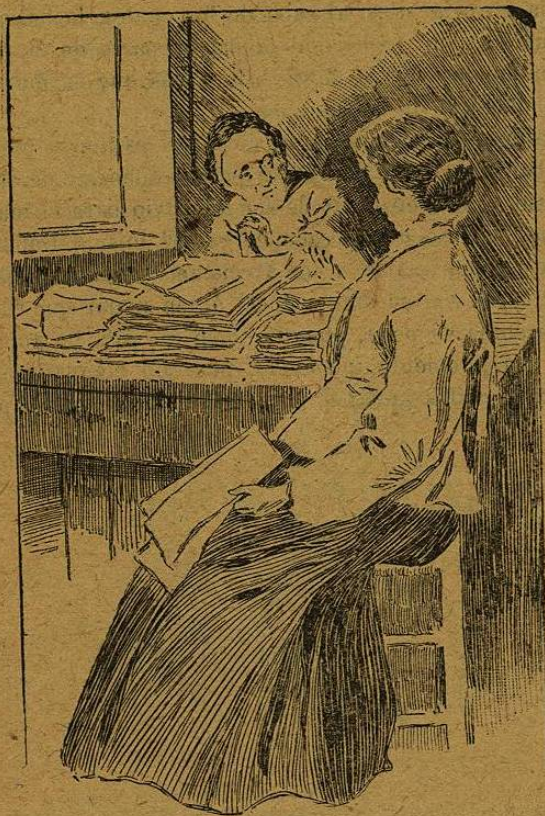
su levita de boda que le mandaste hacer sin que yo lo supiera, ¿por qué la vendió?

No podía Belisario contestar á esto.

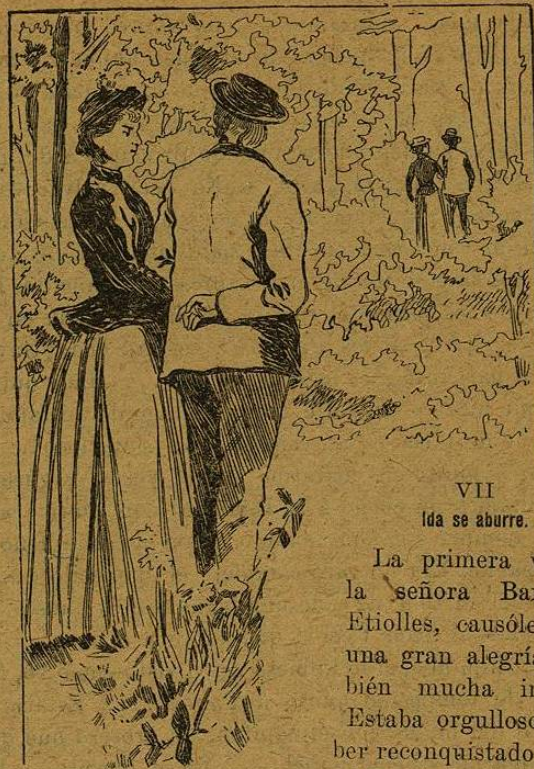
Sin embargo, aquella buena gente hacía un esfuerzo aún, y le compraban á Ribarot una blusa de trabajo. Una mañana salía con ropa bien blanquita, un nudo

de corbata hecho por la señora de Belisario, y ya no volvía en ocho días, al cabo de los cuales, le hallaban dormido en un nicho, sin la mayor parte de la ropa, no habiendo salvado del desastre más que su martillo y su delantal de cuero.

Después de algunas juergas por el estilo, ya no esperaban mas que una ocasión para deshacerse de aquel intruso, quien, en lugar de ser un alivio para el matrimonio, hacía una pesada carga. El mismo Belisario tenía que confesarlo, y con frecuencia venía á quejarse de Ribarot con su amigo Jack, quien mejor que nadie comprendía su pena, pues también él tenía un compañero terriblemente incómodo, pero un compañero de quien no podía quejarse, pues demasiado le quería para eso.



Ida bajaba al gabinete de lectura de la señora Levéque...



VII

Ida se aburre.

La primera visita de la señora Barancy á Etiolles, causó á Jack una gran alegría y también mucha inquietud. Estaba orgulloso por haber reconquistado á su madre, ¡pero la veía tan loca, tan charlatana, tan imprudente en sus gestos y palabras! Temía el juicio que acerca de ella formulara Cecilia, esa luz imprevista, esas adivinaciones tan rápidas y tan severas, que surgen en los espíritus jóvenes, aun acerca de cosas que ellos ignoran. Los primeros instantes de la entrevista le tranquilizaron un poco. Fuera del tono enfático con que Ida llamó á Ceci-